

POR LA AUTORA DE *ROMPER EL CÍRCULO*

Layla

COLLEEN
HOOVER

 Planeta

LA ENTREVISTA

Antes de bajar, le he tapado la boca a Layla con dos vueltas de cinta americana, pero todavía oigo sus gritos ahogados mientras el investigador se sienta a la mesa.

Lleva una de esas grabadoras antiguas de las pelis de los ochenta, de unos veinticinco centímetros de largo por quince de ancho y con un botón rojo grande a la izquierda, que pulsa a la vez que el de reproducción para empezar a grabar. Luego desliza el aparato al centro de la mesa. Los carretes de la cinta se ponen a girar.

—Indique su nombre, por favor —me dice.

Me aclaro la garganta.

—Leeds Gabriel.

La tapa del compartimento de las pilas está sujeta con un trozo desgastado de cinta americana que sube por los cantos del aparato. Me hace gracia pensar que esta anti-gualla vaya a grabar lo que yo diga y eso vaya a servir para algo.

A estas alturas, ya todo me da igual. No hay luz al final del túnel; ni siquiera sé si el túnel tiene final.

¿Cómo voy a esperar una salida con lo que se han des-controlado las cosas? Estoy hablando con un investigador

al que he conocido por internet, mientras mi novia está arriba, a punto de perder la maldita cabeza.

Repunta el ruido en el dormitorio, como si Layla supiera que hablo de ella. El cabecero de madera aporrea la pared y produce un eco espeluznante en esta casa vacía.

—Bueno —dice el hombre—, ¿por dónde quiere empezar? —Parece que el ruido no le perturba, pero yo no sé si voy a poder aguantarlo. Saber que Layla está sufriendo por mi culpa no es algo fácil de ignorar. Cada golpe me provoca un estremecimiento—. ¿Y si empezamos por cómo se conocieron?

No me atrevo a contestar preguntas que sé que no van a dar soluciones, pero, ahora mismo, prefiero oír mi voz a los gritos ahogados de Layla.

—Nos conocimos el verano pasado. Esto antes era una pensión. Yo tocaba el bajo en la banda que habían contratado para la boda de su hermana. —Ni se inmuta. Se recuesta en la silla y me mira en silencio. No sé qué más decir. ¿Necesita más detalles?—. ¿Qué tiene que ver cómo conociera a Layla con lo que está pasando en esta casa?

El hombre niega con la cabeza, se inclina hacia delante y cruza los brazos sobre la mesa.

—Nada, a lo mejor. Pero a eso he venido, Leeds; cualquier cosa podría ser una pista. Necesito que se retrotraiga a su primer día aquí. ¿Cómo iba vestida Layla? ¿Qué hacían los dos en la casa? ¿Qué fue lo primero que le dijo ella? ¿Notaron algo raro esa noche? Cuanta más información me dé, mejor. No hay detalle insignificante.

Planto los codos en la mesa y me tapo los oídos con las manos para aislarme del ruido que Layla está haciendo arriba. No soporto verla tan perturbada. La quiero muchí-

simo, pero no sé si puedo ponerme a recordar por qué la quiero tanto con lo mal que se lo estoy haciendo pasar.

Procuro no pensar en lo perfecto que era todo al principio; cuando lo hago, se acentúa la sensación de que es culpa mía que la cosa se haya estropeado así.

Cierro los ojos y pienso en la noche en que la conocí, en la época en que todo era más fácil, en que la ignorancia era una auténtica bendición.

—Bailaba fatal. Eso fue lo primero que me llamó la atención de ella...



Baila fatal.

Eso es lo primero que me llama la atención de ella desde el escenario, donde estoy tocando para un grupo cada vez más reducido de personas. Tiene unos brazos muy largos, que no controla; va descalza, y se mueve por el césped dando pisotones e ignorando deliberadamente la sutileza que se espera de un tema como el que interpretamos. Sacude la cabeza a lo loco y agita los rizos negros y alborotados como si improvisara la coreografía de un tema de heavy metal.

Lo gracioso es que nuestra banda es de country moderno. Moderno y soso. Un repertorio completo de temas insufribles de escuchar y aún más de tocar.

Garrett's Band.

Así se llama: Garrett's Band. A Garrett no se le ocurrió nada mejor.

Yo soy el cuarto miembro oficioso, el último en incorporarse a la banda. Toco el bajo. No el contrabajo, el que se toca de pie e inspira respeto, sino el bajo eléctrico, ese instrumento minusvalorado e invisible que suele tocar el miembro también invisible de la banda, el que queda diluido en todas las canciones. Claro que a mí no me im-

porta estar en segundo plano; a lo mejor por eso prefiero el bajo eléctrico a cualquier otra cosa.

Después de estudiar música en Belmont, mi objetivo era ser cantautor, pero no ayudo a Garrett a componer estas canciones. Él no quiere ayuda. No entendemos la música de la misma forma, así que compongo para mí y me guardo las canciones para un futuro en el que tenga el valor de sacar un álbum en solitario.

La banda ha ganado popularidad los últimos años, y aunque nos llaman más —con lo que también nos pagan mejor—, mi tarifa como bajista no ha variado. He pensado en comentarlo con el resto de la banda, pero dudo que merezca la pena. Además, a ellos el dinero les hace más falta que a mí. Eso por no hablar de que, si abordo el asunto, igual me ofrecen un puesto fijo en la banda y, la verdad, odio tantísimo esta música que me da vergüenza hasta estar aquí plantado.

Cada bolo me devora un poco el alma. Un mordisquito aquí, otro allá. Tengo miedo de que, si sigo haciendo esto mucho tiempo, ya solo quede de mí un cuerpo.

Lo cierto es que no sé qué me retiene. Cuando me uní a la banda, no pretendía que fuera algo permanente, pero, por la razón que sea, no consigo mover el culo y largarme. Mi padre murió cuando yo tenía dieciocho años y, como consecuencia de su muerte, nunca he padecido problemas de dinero: nos dejó a mi madre y a mí una póliza de seguros sustanciosa, además de una empresa de instalaciones de internet que va sola y cuyos empleados están la mar de bien sin que yo entre en escena y les fastidie años de buen funcionamiento. Así que mi madre y yo nos mantenemos al margen y vivimos de rentas.

Es algo que sin duda agradezco, pero no de lo que me sienta orgulloso. Si la gente supiera lo poco que se me exige en esta vida, nadie me respetaría. Quizá por eso sigo en la banda. Mucho viaje, mucho trabajo y mucho trasnochar, pero la tortura autoimpuesta me produce la sensación de que al menos merezco una parte de lo que tengo en la cuenta bancaria.

Desde el sitio que me corresponde en el escenario, observo a la chica mientras toco, preguntándome si estará borracha, colocada o si, a lo mejor, con su forma de bailar pretende mofarse de lo patética que es nuestra banda. Sea cual sea la razón por la que anda convulsionando como un pez fuera del agua, se lo agradezco: hace tiempo que no me divertía tanto durante un concierto. Incluso me sorprendo sonriendo en algún momento, algo que no sé ni cuánto hace que no me pasaba. ¡Y pensar que no me apetecía nada venir!

Puede que sea el ambiente: lo recogido que es este sitio y que ya hace rato que ha terminado la boda. Tal vez sea porque nadie nos presta atención y el noventa por ciento de los invitados se ha ido. A lo mejor son los trocitos de césped que lleva la chica en el pelo y las manchas verdes que tiene por todo el vestido, de las tres veces que ha terminado cayéndose en lo que va de canción. O igual son los seis meses de sequía con los que me he castigado desde que rompí con mi ex.

Quizá sea una combinación de todo lo que hace que, esta noche, solo me fije en esa chica. Tampoco es de extrañar, porque, aun con el maquillaje corrido por las mejillas y un par de rizos pegados a la frente por el sudor, es la más guapa de la fiesta. Con lo que resulta aún más raro que

nadie le haga caso. Los pocos invitados que quedan se reúnen con los recién casados en torno a la piscina mientras tocamos el último tema de la velada.

Mi terrible bailarina es la única que aún nos escucha cuando, por fin, terminamos y empezamos a recoger.

Me dirijo al fondo del escenario a guardar el bajo en su funda y la oigo gritar: «¡Otra, otra...!». Cierro el estuche a toda prisa y rezo por ser capaz de localizarla cuando hayamos cargado los instrumentos en la furgoneta.

Como somos cuatro, hemos reservado dos habitaciones en la pensión. Son doce horas por carretera hasta Nashville, y a ninguno nos apetecía viajar de noche.

El novio se acerca a Garrett cuando está cerrando los portones de la furgo y nos invita a una copa. En circunstancias normales, yo habría declinado el ofrecimiento, pero albergo la esperanza de volver a ver a la bailarina pésima. Era entretenida. Además, me ha gustado que no canturreara ninguno de los temas. No sé si podría sentirme atraído por una chica a la que le guste de verdad la música de Garrett.

Me la encuentro en la piscina, flotando bocarriba, con el vestido de dama de honor color crema aún puesto y lleno de manchas verdes.

No hay nadie más en el agua, así que cojo una cerveza, me acerco adonde cubre, me descalzo y meto las piernas en el agua, con vaqueros y todo.

Las olitas que genera mi cuerpo terminan llegándole, pero no levanta la vista para ver quién le está haciendo compañía. Continúa mirando al cielo, tan silenciosa e inmóvil como un tronco a la deriva. ¡Qué contraste con su absurda exhibición de antes!

Cuando llevo unos minutos observándola, el agua la engulle del todo y desaparece. De pronto saca las manos y asoma la cabeza a la superficie, mirándome directamente, como si supiera que llevo aquí todo el rato.

Se mantiene a flote con pequeños movimientos de los pies y agitando los brazos por encima del agua. Despacio, salva la distancia que nos separa, se sitúa justo delante de mis piernas y me escudriña desde abajo. Tengo la luna a la espalda y los ojos de la chica reflejan su resplandor como dos bombillas.

Desde el escenario me parecía guapa, pero, ahora que la tengo a treinta centímetros, compruebo que es lo más hermoso que he visto en mi vida. Labios carnosos y rosados, y una mandíbula delicada que me gustaría acariciar. Sus ojos son tan verdes como el césped que rodea la piscina. Me dan ganas de meterme dentro con ella, pero llevo el móvil en el bolsillo y una lata de cerveza empezada en la mano.

—¿Alguna vez has visto uno de esos vídeos de YouTube de personas que se mueren por dentro? —me dice.

No tengo ni idea de por qué me hace esa pregunta, pero cualquier cosa que hubiera salido de su boca me habría producido el mismo escalofrío que esas palabras. Su voz es etérea y ligera, como si le brotara sin esfuerzo de la garganta.

—No —contesto.

Le falta un poco el resuello, de mantenerse a flote.

—Son recopilaciones de cosas embarazosas que le pasan a la gente. La cámara siempre hace primeros planos de sus caras en los peores momentos y, por sus gestos, parece que se mueren por dentro. —Se quita el agua de los ojos—. Esa era la cara que tenías en el escenario esta noche, como si te estuvieras muriendo por dentro.

No recuerdo haberla visto mirar al escenario, y menos aún mirarme a mí lo suficiente como para identificar con tanto acierto lo que siento cuando me veo obligado a tocar esa mierda de canciones.

—Ya estoy muerto por dentro. Morí la primera noche que toqué con esa banda.

—Eso me parecía. ¿Te ha gustado mi baile? Intentaba animarte.

Asiento y doy un trago a la cerveza.

—Pues ha funcionado.

Sonríe y se sumerge unos segundos. Cuando se asoma de nuevo, se aparta el pelo de la cara y dice:

—¿Tienes novia?

—No.

—¿Novio?

—No.

—¿Mujer?

Niego con la cabeza.

—¿Amigos, por lo menos?

—La verdad es que no —confieso.

—¿Hermanos?

—Hijo único.

—Joder, sí que estás solo. —Otra valoración muy acertada. Aunque, en mi caso, la soledad sea elegida—. ¿Quién es la persona más importante de tu vida? Los padres no cuentan.

—¿Ahora mismo?

—Sí, ahora mismo. ¿Quién es la persona más importante de tu vida?

Medito la pregunta un momento y caigo en la cuenta de que no me dejaría pegar un tiro por nadie más que por



mi madre. Los de la banda me dan igual. Son más bien compañeros de trabajo con los que no comparto nada más. Y, como los padres no cuentan, esta chica es ahora mismo lo único que tengo en la cabeza.

—Supongo que tú —contesto.

Ladea la cabeza y entorna los ojos.

—¡Qué penita! —Levanta los pies y se aleja de mí, impulsándose en el trozo de pared de la piscina que tengo entre las piernas—. Entonces, más vale que te alegre la noche —dice con una sonrisa coqueta. Una insinuación.

Acepto la invitación dejando el móvil en el borde de hormigón, al lado de la lata de cerveza ya vacía. Me quito la camisa y veo como me mira mientras me meto del todo en la piscina.

Ahora estamos al mismo nivel y, joder, cada vez la veo más guapa.

Nadamos el uno alrededor del otro, en círculos, despacio, procurando no tocarnos, aunque es evidente que los dos queremos.

—¿Quién eres? —me pregunta.

—El bajista.

Ríe, y su risa es lo contrario de su voz etérea, brusca y contundente; puede que me guste incluso más que su voz.

—¿Cómo te llamas? —aclara.

—Leeds Gabriel.

Seguimos nadando en círculos, el uno frente al otro. Ella ladea de nuevo la cabeza y medita sobre mi nombre.

—Leeds Gabriel suena a líder de banda. ¿Por qué tocas en la de otro? —Sigue hablando como si, en el fondo, no esperara respuesta—. ¿Te pusieron ese nombre por la ciudad inglesa?

—Sí. ¿Cómo te llamas tú?

—Layla —susurra, como si fuera un secreto. Es el nombre perfecto, el único que podría haberme encajado para ella. Lo tengo clarísimo.

—Layla... —dice alguien a mi espalda—. Abre la boca.

Me giro y veo a la novia plantada detrás de mí, ofreciéndole algo a Layla, que se acerca nadando y saca la lengua. La novia le pone una pastillita blanca en el centro. Layla se la traga y, aunque no tengo ni idea de qué es, me parece de lo más sensual.

A ella no le pasa desapercibido que su boca me tiene hipnotizado.

—Leeds también quiere una —dice, y extiende la mano para que le dé otra.

La novia se la da y se va. No pregunto qué es, me da igual. Deseo tanto a esa mujer que voy a ser el Romeo de su Julieta y aceptaré cualquier veneno que quiera ponerme en la lengua ahora mismo, sea lo que sea.

Abro la boca. Tiene los dedos mojados y parte de la pastilla ya se ha deshecho cuando me llega a la lengua. Está amarga y me cuesta tragármela sin agua, pero lo consigo. Mastico un trocito.

—¿Quién era la persona más importante de tu vida ayer, antes de que apareciera yo? —me pregunta.

—Yo mismo.

—¿Te he quitado el primer puesto?

—Eso parece.

Se desliza de espaldas con fluidez y facilidad, como si pasara más tiempo en el agua que en tierra firme. Vuelve a contemplar el cielo, con los brazos en cruz, inflando el pecho con una inspiración profunda.

Pego la espalda al lateral de la piscina y estiro los brazos, agarrándome al bordillo. Se me empieza a acelerar el corazón y casi diría que mi sangre se ha vuelto más densa.

No sé qué clase de droga me ha dado, seguramente eme o algún otro estimulante, porque me está haciendo efecto enseguida. Ahora mismo soy más consciente de todo lo que me pasa en el torso que en ninguna otra parte del cuerpo. Me noto el corazón inflado, como si no me cupiera en la caja torácica.

Layla aún flota bocarriba, pero tiene la coronilla pegada a mi pecho. Está justo delante de mí. Si me inclino un poco hacia delante, no le dejo ver el cielo. Me va a ver solo a mí.

¡Joder, cómo pega la mierda esta! Me siento bien, seguro de mí mismo.

El agua está tan en calma a nuestro alrededor que parece que ella flote en el aire. Ha cerrado los ojos, pero, cuando topa con la cabeza contra mi pecho, me mira, con la cara del revés, como esperando a que haga algo.

Así que lo hago.

Me agacho lo justo para posar suavemente los labios en los suyos. Nos besamos del revés, yo atrapando su labio inferior. Su boca es como una suave explosión que activa campos de minas ocultos bajo cada centímetro de mi piel. Es raro y fascinante, porque ella sigue bocarriba, flotando en el agua. Nuestras lenguas se rozan y, no sé bien por qué, no me siento digno de tocarla, así que dejo los brazos donde están, sobre el bordillo de la piscina.

Ella también los mantiene extendidos y lo único que mueve es la boca. Me alegro de que nuestro primer beso sea cabeza abajo, porque eso me da muchísimo margen para esperar con ilusión uno en condiciones. Nunca más

voy a querer besar a una chica si no es colocado de lo que sea que nos ha dado la novia. Es como si, con cada latido, el corazón se me redujera al tamaño de una moneda y luego creciera hasta alcanzar el tamaño de un tambor. No late como debería; ya no es ese suave *papam, papam, papam*. Es un *pim* y un *PAM*.

Pim PAM, pim PAM, pim PAM.

No puedo seguir besándola del revés. Me está volviendo loco, como si no acabáramos de encajar, y yo quiero que mi boca se ajuste perfectamente a la suya. La agarro de la cintura y la hago girar en el agua hasta tenerla de frente, y luego tiro de ella hacia mí. Me enrosca las piernas en la cintura, saca ambas manos del agua y se me cuelga del cuello; ahora soy lo único que la mantiene fuera del agua, pero tengo los brazos demasiado ocupados en su espalda, así que nos hundimos, y ninguno de los dos hace nada por evitarlo. Anclamos nuestras bocas justo antes de sumergirnos. No se cuela ni una sola gota de agua entre nuestros labios.

Nos vamos al fondo de la piscina, aún fundidos el uno con el otro. En cuanto tocamos el suelo, abrimos los ojos a la vez y nos apartamos para mirarnos. El pelo le flota alrededor de la cabeza y parece un ángel sumergido. Ojalá pudiera hacerle una foto.

Las burbujas de aire inundan el espacio que hay entre los dos, así que regresamos enseguida a la superficie.

Yo emergo dos segundos antes que ella. Estamos el uno frente al otro, preparados para besarnos otra vez. Nos entrelazamos en la misma postura de antes y nuestras bocas se buscan, pero, en cuanto saboreo el cloro de sus labios, nos interrumpen unos vítores.

Oigo a Garrett más que a los demás; todos aplauden nuestro beso desde donde están sentados. Layla se vuelve a mirarlos y les hace una peineta. Se separa de mí y se acerca al borde de la piscina.

—Vámonos —dice saliendo del agua.

No lo hace con elegancia: sale por donde más cubre, a metro y medio de la escalerilla, y tiene que rodar por el bordillo para conseguirlo. Es torpe y perfecta. La sigo y, unos segundos después, ambos corremos hacia el lado de la casa que está más oscuro, en busca de intimidad. Noto el césped frío y suave bajo los pies, como hielo, pero derretido. Supongo que eso lo convierte en agua, pero no lo siento así. A mí me parece hielo derretido. «Cuando te drogas, cuesta explicar algunas cosas».

Layla me coge de la mano, cae al césped de hielo derretido y me arrastra con ella, sobre su cuerpo. Me sostengo en los codos para que ella pueda respirar y me la quedo mirando un momento. Tiene pecas. No muchas, todas esparcidas por el puente de la nariz. Algunas en las mejillas. Levanto la mano y las resigo con los dedos.

—¿Cómo puedes ser tan guapa?

Ríe, y con razón. ¡Menuda cursilada acabo de decir! Me tumba bocarriba y se sube el vestido para poder sentarse a horcajadas encima de mí. Sus muslos se adhieren a mis costados porque estamos los dos chorreando. Apoyo las manos en sus caderas y disfruto de la intensidad de este colcón.

—¿Sabes por qué este sitio se llama «El corazón del país», en español? —pregunta.

Como no lo sé, niego con la cabeza y confío en que sea algo largo de contar para oírla hablar más rato. Me pasaría

la noche escuchando su voz. De hecho, hay una estancia en la pensión a la que llaman «el salón», con cientos de libros forrando las paredes. La llevaría allí y dejaría que me leyera toda la noche.

—Este sitio, este espacio en el que estás tumbado, es el centro geográfico exacto de los estados continentales del país.

Igual es porque ahora mismo soy superconsciente de los latidos de mi corazón, pero creo que lo que dice no tiene ningún sentido.

—¿Y por qué lo llaman así? El centro del cuerpo no es el corazón, sino el estómago.

Suelta otra de esas carcajadas tuyas.

—Cierto, pero «El estómago del país» no suena tan bien.

—¡Ostras!, ¿sabes francés?

—Español, querrás decir.

—Suena igual de sexy.

—Lo estudié un año en el instituto. No tengo talentos ocultos, lo que ves es lo que hay.

—Lo dudo. —La aparto de mi cuerpo, haciéndola rodar por el césped, y me subo encima de ella—. Eres una bailarina muy talentosa.

Ríe. La beso.

Nos besamos unos minutos.

Nos besamos más. Nos tocamos. Nos movemos. Gemimos.

Todo es excesivo, como si estuviera al borde de la muerte. Siento que me va a estallar el corazón. Empiezo a preguntarme si deberíamos seguir adelante; enrollarme con Layla yendo colocado podría ser peligroso. Como la

deje enroscarse en mí un segundo más, me voy a desmayar de todo lo que estoy sintiendo. Es como si a cada una de mis terminaciones nerviosas le hubiera salido otra. Todo lo vivo con el doble de intensidad.

—Tengo que parar —susurro, desenroscándome sus piernas de la cintura—. ¿Qué coño nos hemos metido? Me cuesta respirar. —Me tumbo bocarriba, jadeando.

—¿Te refieres a lo que te ha dado mi hermana?

—¿La novia es tu hermana?

—Sí, se llama Aspen. Es tres años mayor que yo. —Se incorpora, apoyándose en un codo—. ¿Por qué? ¿Te gusta la pasti?

—Sí, me encanta.

—Es intensa, ¿eh?

—Ya te digo...

—Aspen me la da siempre que bebo demasiado. —Se acerca y me susurra al oído—: Se llama aspirina. —Cuando se aparta, la confusión de mi semblante le provoca una sonrisa—. ¿Pensabas que ibas colocado?

«¿Por qué iba a sentirme así si no?». Me incorporo.

—Eso no era una aspirina.

Layla se tumba bocarriba, muerta de risa.

—Te lo juro por Dios —dice haciéndose una cruz en el pecho—. ¡Te has tomado una aspirina! —Ríe tan fuerte que le cuesta respirar. Cuando por fin lo hace, suspira, y es una delicia. ¿Y en serio acabo de utilizar la palabra «delicia»? Niega con la cabeza y me mira con una sonrisa tierna—. No es una droga lo que te hace sentir así, Leeds. —Se levanta y rodea la casa hasta la parte delantera. De nuevo, la sigo, porque, como de verdad haya sido una aspirina, lo tengo chungo. Muy chungo.

Cuando entramos en la casa, Layla no se mete en un dormitorio; pasa al salón, el de los libros y el piano de cola pequeño. En cuanto estamos los dos dentro, cierra la puerta y echa el pestillo. Mis vaqueros y su vestido van dejando un reguero de agua.

Me detengo para observarla y veo que mira fijamente el charco que tengo bajo los pies.

—El suelo es antiguo —dice—. Habría que respetarlo.

Se quita el vestido empapado por la cabeza y se queda, a la tenue luz de la estancia, a metro y medio de mí, en ropa interior. No va conjuntada; lleva un sujetador blanco y unas bragas de cuadros verdes y negros, y no sé por qué, pero me encanta que no se haya pensado mucho lo que se ponía debajo del vestido. La estudio un momento, admirando sus curvas y el hecho de que no intente esconderme ninguna parte de su cuerpo.

Mi última novia tenía un cuerpo que podía rivalizar con el de una supermodelo; sin embargo, nunca estaba cómoda consigo misma. Terminó siendo una de las cosas que me irritaban de ella, porque, por muy guapa que fuera, su inseguridad era lo que más llamaba la atención. Layla, en cambio, se mueve con una seguridad en sí misma que resultaría atractiva independientemente de su aspecto.

Hago lo que me pide: me quito los vaqueros y me quedo en calzoncillos. Ella recoge nuestra ropa y la planta encima de una alfombra que probablemente valga más que el suelo, pero si le hace ilusión...

Echo un vistazo a la estancia y veo que hay un sofá marrón de cuero envejecido pegado a la pared, al lado del piano. Me dan ganas de tirarla en él y perderme en su interior, pero ella tiene otros planes.

Retira la banqueta del piano y se sienta.

—¿Sabes cantar? —me pregunta tocando algunas teclas.

—Sí.

—¿Por qué no cantas en la banda?

—Porque la banda es de Garrett, y él nunca me lo ha pedido.

—¿Garrett? ¿Así es como se llama el vocalista?

—Eso es.

—¿Es tan tonto como sus letras?

Eso me hace reír. Negando con la cabeza, me siento a su lado en la banqueta.

—Es terrible, pero no, no es tan malo como sus letras.

Layla toca el do central en el piano.

—¿Te tiene envidia?

—¿Por qué iba a tenerme envidia? Yo no soy más que el bajista.

—Porque él no tiene madera de vocalista y tú sí.

—Eso es mucho decir. Ni siquiera me has oído cantar.

—Da igual. Aunque fueras horrible, todos los demás quedan en segundo plano cuando tú estás en el escenario.

—¿Igual que la multitud queda en segundo plano cuando tú bailas?

—Era la única que bailaba.

—¿Ves? Ni me había dado cuenta.

Se me arrima cuando digo eso, y pienso que me va a besar, pero, en cambio, me susurra:

—Toca algo para mí. —Luego se va al sofá y se tumba—. Toca algo digno de ese piano. —Cruza las piernas por los tobillos y descuelga un brazo por el borde del sofá para acariciar el suelo de madera noble mientras aguarda a

que yo empiece a tocar, pero no puedo dejar de mirarla. Dudo que haya otra mujer en este mundo que pueda inspirarme semejantes ganas de mirarla sin pestañear hasta que se me sequen los ojos. Ella me observa, expectante.

—¿Y si no te gusta mi música? —pregunto—. ¿Me vas a dejar besarte?

—¿La canción significa algo para ti? —dice, y sonrío con amabilidad.

—La compuse con pedazos de mi alma.

—Entonces, no tienes de qué preocuparte —replica en voz baja.

Me giro en la banqueta y poso los dedos en las teclas. Vacilo un momento antes de empezar a tocar. Nunca he tocado esta canción para nadie; la única persona a la que alguna vez quise cantársela era mi padre, y ya no vive. Su muerte es precisamente la razón por la que la compuse.

Tocar los temas de Garrett en un escenario no me pone nervioso, pero esto es otra cosa. Esto es personal, y aunque ahora mismo solo me escuche una persona, es el público más exigente para el que he tocado en mi vida.

Cojo aire y lo voy soltando despacio mientras empiezo a tocar.

Esa noche dejé de creer en el cielo.

Me cuesta creer en un dios tan cruel.

¿A ti no?

Esa noche dejé de rezar de rodillas,

pero tampoco rezo de pie.

¿Y tú?

Esa noche cerré la puerta y la ventana.

He estado a oscuras desde entonces.

¿Tú también?

*Esa noche aprendí que la felicidad es un cuento,
un millón de páginas leídas en voz alta
por ti.*

Esa noche dejé de creer en Dios.

*Eras nuestro, pero le dio igual,
te llevó con Él.*

Por eso esa noche dejé...

Dejé...

*Esa noche
lo dejé todo.*

Esa noche lo dejé.

Lo dejé.

Simplemente lo dejé.

Esa noche lo dejé.

Esa noche...



Cuando termino de tocar la canción, cruzo las manos en el regazo. Me da un poco de miedo girarme a mirarla. Nada más sonar la última nota se ha hecho el silencio absoluto, tanto que parece que algo se haya tragado todo el ruido de la casa. Ni siquiera la oigo respirar.

Bajo la tapa del piano y me vuelvo despacio en la banqueta. Se está enjugando los ojos, mirando al techo.

—Guau —dice en un susurro—. No me lo esperaba. Es como si acabaras de darme un pisotón en el pecho. —Así me siento yo desde que la he visto por primera vez esta noche—. Me gusta cómo termina —dice, y se sienta en el sofá de rodillas—. Has parado a mitad de frase. Es perfecto, superpotente.

No tenía claro que fuera a darse cuenta del final inten-

cionado, pero el que lo haya hecho me enamora aún más de ella.

—¿Dónde puedo encontrarla? ¿Está en Spotify?

Niego con la cabeza.

—Nunca he publicado ninguno de mis temas.

Me mira con fingido horror y da una palmada en el sofá.

—¿Qué? ¿Por qué no, joder?

Me encojo de hombros.

—No sé. —Y es verdad que no lo sé—. Igual porque, en Nashville, todo el mundo se cree alguien. No quiero ser de los que se creen alguien.

Layla se levanta y se acerca a la banqueta del piano, donde sigo sentado. Me empuja por los hombros hasta que pego la espalda al piano y luego se sienta a horcajadas encima de mí, apoyando las rodillas en la banqueta. La miro desde abajo y ella, sosteniéndome la cara con las manos, con los ojos entornados, me dice:

—Es muy egoísta que te quedes esas canciones para ti. Es mejor ser alguien generoso que un don nadie egoísta.

Me parece que me alegro de haber conocido a esta chica. Me alegro mucho.

La agarro por la nuca y acerco su boca a la mía. No sé qué está pasando. Hacía una eternidad que no me gustaba nadie lo suficiente como para querer saber dónde iba a estar al día siguiente.

Pero... ¿dónde estará Layla mañana?

¿Dónde estaba ayer?

¿Dónde vive?

¿Dónde se crio?

¿Cuál es su persona favorita ahora mismo?

Quiero saber todo eso. Todo.

Layla interrumpe nuestro beso.

—Aspen me lo ha advertido al principio de la noche, cuando me ha visto mirarte: «Prométeme que te mantendrás alejada de los músicos; seguro que tienen clamidia», me ha dicho.

Me hace reír.

—¿Le has prometido que te mantendrías alejada de mí?

—No. Le he dicho: «Me da igual que tenga clamidia, seguramente también tiene condones».

—No tengo clamidia, pero tampoco tengo condones.

Se aparta de mí y se pone en pie.

—Tranquilo, yo tengo en la habitación. —Da media vuelta y se dirige a la puerta.

Recojo nuestra ropa mojada, abandono el salón detrás de Layla y la acompaño escalera arriba. No me ha invitado a su cuarto exactamente, pero deduzco que quiere que la siga porque continúa hablando mientras sube los escalones.

—Llevo un tiempo sin hacer esto —dice girándose un poco hacia mí—. Solo tengo condones porque los regalaban en la despedida de soltera. —Se vuelve por completo, deteniéndose en uno de los peldaños—. No era consciente de lo difícil que iba a ser echar un polvo en el mundo real. En la uni no había que hacer mucho esfuerzo, pero después... ¡ufff! —Me da la espalda de nuevo y sigue adelante. Abre la puerta de su habitación y entro con ella—. Lo malo del sexo después de la universidad es que odio las citas. Se pierde mucho tiempo. Le dedicas una noche entera a una persona que, desde los cinco primeros minutos, sabes que no merece la pena.

Estoy de acuerdo con ella, yo también prefiero jugar-mela. Siempre he buscado a alguien con quien conectar al instante y entregarme por completo.

No sé si Layla podría ser esa persona, pero, desde luego, me ha parecido que sí cuando hemos bajado al fondo de la piscina. Ha sido el beso más intenso de mi vida.

Layla me arrebató la ropa mojada de las manos y se la lleva al baño. La suelta en la ducha y, cuando vuelve al dormitorio, dice:

—Deberías dejar la banda.

Es la persona más imprevisible que he conocido. Hasta sus frases más simples me pillan por sorpresa.

—¿Por qué?

—Porque no te hace feliz.

Tiene razón: no me hace feliz. Nos dirigimos los dos a la cama.

—¿Tú a qué te dedicas? —le pregunto.

—Estoy en paro. Me echaron la semana pasada. —Se sienta y se recuesta en el cabecero. Yo me tumbo, con la cabeza en la almohada, y la miro desde abajo. Tengo la cara cerca de su cadera y me parece a la vez raro y sexy que su muslo esté a tan corta distancia. Le planto los labios encima.

—¿Por qué te han despedido?

—No me daban el día libre para la boda de Aspen, así que no volví por allí. —Se escurre por el cabecero y se coloca como yo—. Aún tienes los calzoncillos mojados. Igual deberíamos quitarnos el resto de la ropa.

No se anda con rodeos, pero me gusta.

La agarro por la cintura y la pongo encima de mí, con tal acierto que suelta un gemido. Soy más alto que ella, con lo

que no me llega a la cara, pero quiero besarla. Ella también debe de querer, porque repta por mi cuerpo hasta anclar su boca a la mía.

Lo cierto es que no nos queda mucha ropa que quitarnos, así que, en cuestión de segundos, estamos desnudos dentro de la cama y ya casi nos hemos olvidado del condón. Pero no conozco a esta chica, ni ella a mí, así que espero mientras deambula por la habitación en busca del bolso. En cuanto saca el condón y me lo pasa, meto las manos por debajo de las sábanas y empiezo a ponérmelo.

—Creo que tienes razón —digo.

—¿En qué?

Me tumbo encima de ella, que se abre de piernas para recibirme.

—Debería dejar la banda.

Cabecea afirmativamente.

—Serías más feliz tocando tu propia música, aunque no ganes dinero con ella. —Me besa, pero un segundo después se aparta otra vez—. Búscate un trabajo que tolere y publica tu música por tu cuenta. Es preferible ser pobre y feliz que... pobre y triste. Iba a decir «rico y triste», pero no creo que seas rico, porque entonces no estarías tocando en esa banda. —Le contaría que no soy pobre, pero me da un poco de vergüenza reconocer que toco en la banda porque quiero y no por necesidad, así que opto por guardar silencio—. Si tu destino es ser pobre, mejor sé un pobre feliz.

Tiene razón. Le beso el cuello, luego el pecho. Después, mi boca descansa en la suya otra vez.

—Creo que me alegro de haberte conocido.

Se aparta un poquito y me sonrío.

—¿Lo crees o lo sabes?

¿Te gusta leer?

Únete a nuestras comunidades de lectores en redes sociales:

 @planetadelibrosco

 @planetadelibrosco

 Planeta de Libros Colombia

 @PlanetadeLibrosCo



Y uno para quienes disfrutan del ensayo, la crónica y lo mejor de la literatura:

@leeresmiplan



Regístrate aquí

Únete a nuestra comunidad de lector encuentra contenido exclusivo y comparte tus libros favoritos.

Conoce más libros haciendo clic en:

planetadelibros.com.co

Grupo  Planeta

Creemos en los libros